

La tradición de las trenzas

EVE GIL

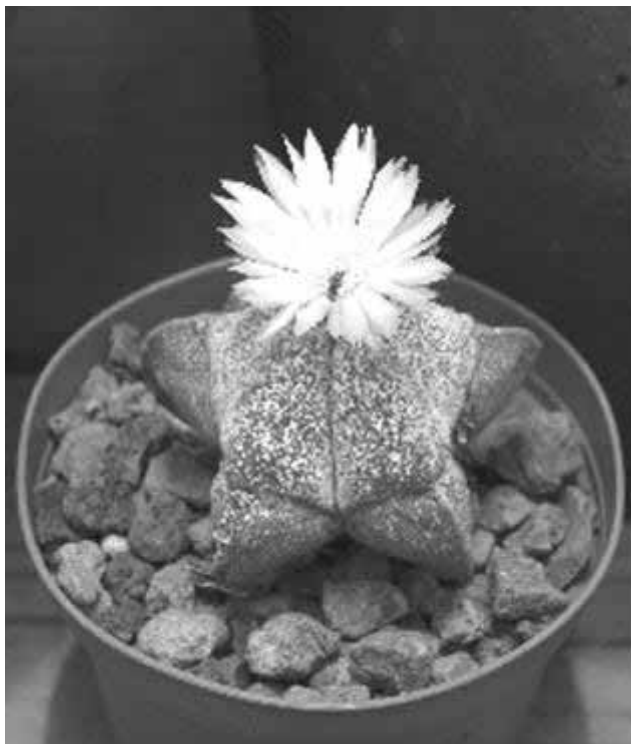
Cuando el editor del suplemento para el que escribía me ofreció una columna semanal sobre escritoras y me preguntó cómo la llamaría, de mi pecho brotó espontáneamente “La trenza de Sor Juana”, asociándola, creo yo, con la trenza que Sor Juana Inés de la Cruz creyó menester sacrificar al intelecto. En la carta a Sor Filotea, considera Juana Inés que por “estar vestida de cabellos cabeza estaba tan desnuda de noticias”. Esa mutilación más que simbólica es obsesivamente aludida por Octavio Paz en *Las trampas de la fe*, y si bien esta trenza mutilada adquiere, desde la perspectiva de la propia Sor Juana, connotación de impedimento para el óptimo fluir de la razón -máxime si nos remontamos a la ya muy trillada asociación de Shopenhauer entre cabellos largos e ideas cortas-, a la luz de la actual resignificación de la feminidad y lo femenino he querido suponer que, lejos de estorbarle al pensamiento, la trenza de Sor Juana, que debió ser voluminosa y brillante como la de la mayoría de las mexicanas, fue una especie de cordón umbilical entre ella y el mundo exterior; trenza engrosada con cada idea que fluía desde el cerebro de su portadora, no necesariamente a cuentagotas. Tan pesada debió de ser que clamó por su independencia y entonces fue cortado el último vínculo entre la maravillosa muchacha y la vida mundana, de la que ya había aprendido lo necesario. Despojada de su trenza, Juana Inés quedaba ahora sí ligera, lo suficiente para adentrarse en la soledad que se requiere para interpretar el mundo a partir de una misma, sin anclas. La trenza cercenada no fue, por supuesto, conservada y sin embargo he querido hacer de ella la simbólica reliquia del intelecto femenino, y cada “trenza” que trenzo, refiriéndome claro a mis textos sobre escritoras,

es una prolongación de su de por sí vasta extensión, que espero sea como otra célebre trenza, la de Rafunsel (que no nos compete por el momento... aunque no dejo de pensar que si Rafunsel hubiera sido mexicana y no teutona, su trenza hubiera representado un reto mucho mayor, gorda amén de larga.

La trenza es universal, ha estado presente en todos los cánones, en toda cabeza de sacerdotisa, reina, suripanta y emperatriz desde los romanos hasta nuestro tiempo. En México, independientemente de la moda del momento, es un símbolo que fusiona feminidad con mexicanidad. De mexicana universal. La trenza en México, más que complemento idóneo para el rebozo, conforma con éste un matrimonio. La moda por hoy extendida impediría a la enorme mayoría de las mexicanas, tan apegadas a los dictados de la moda estadounidense, ya ni siquiera europea, a forjarse una trenza... y las que tenemos material para ella, carecemos de una mínima noción (y de tiempo) para elaborarla... porque trenzar el cabello es un ritual de interiorización; una ofrenda a la diosa-virgen que nos habita, una conversación con nosotras mismas y un acto de autoadoración o de adoración mutua en el caso de haber dos participantes: variante femenina del reflejo de Narciso. Un consejo de belleza de mi abuela, y supongo que de muchas abuelas de la generación de la mía, nacida durante la Revolución, era forjarse una trenza antes de dormir para que, al despertar, una de dos, costara menos trabajo rehacerla (los dedos eslabonan al tacto cada mechón, como un tejido) o quedara la marca de la trenza en la cabellera suelta que caería con un ondulado muy suave y natural. La trenza, pues, aunque muy presente en nuestro imaginario cultural, se observa cada vez menos y en casos dramáticos es mirada no como muestra de coquetería (en la época colonial era lo más práctico y ni aún entonces careció de encanto saber forjar un buen par de trenzas y entrelazarla con colorines), sino de esnobismo, cuando no de vulgaridad. En el mejor de los casos, la trenza no es considerada de adultas entre las mestizas. El autodesprecio, autoracismo que corroe a nuestra clase media (las señoras de la high society, se los juro, acuden al mejor peluquero para que se las forje con hilos de seda y oro), los vuelve reacios y escépticos ante cualquier instancia que ponga en tela de juicio su status. Y por supuesto estoy hablando no

de la sofisticada trenza francesa, mucho menos de la lluvia de trencitas de Bo Derek que se recicla cada tanto, sino de las típicas trenzas mexicanas, como las de Dolores del Río en María Candelaria, una para cada hombro; pesado abrigo. La cabellera dividida en perfectas partes iguales con ese cálculo casi matemático que no se aprende en ninguna universidad y se ha perdido en nuestro mundo. Lo único que ameritaría llevarlas sería que la cantante de moda optara por unas, pero mientras eso no ocurra; mientras una rubia famosa no adopte la moda de las trenzas, la mayoría de las niñas clasemedieras las considerarán propias de las indias, de las llamadas marías, en este país donde la mayoría nos llamamos María, aunque sea como segundo nombre. María como sinónimo de Trenzuda.

Cuando yo era niña, mi mamá compraba Lágrimas y risas, que yo también leía. Nunca olvidaré un episodio de "María Isabel", popularizada en una telenovela de los noventa donde Adela Noriega peinaba unas trenzas más rubias que negras, en que la protagonista, una indita que prometió hacerse cargo de la hija ilegítima de su amiga rubia, muerta de parto, se ve orillada a vender su trenza a un salón de belleza para tener con que darle de comer a la criatura. Yo, que tendría seis o siete años, ostentaba una trenza negra y gordotota, y me fascinó la



Carlos Bracho

idea de que esa pieza que me gustaba tan poquito como a la propia Sor Juana (no porque no me dejara pensar, sino porque mi mamá me lastimaba el cuero cabelludo cuando me la forjaba) pudiera valer dinero. Le pregunté justamente a mamá cuánto creía que podrían pagarme por mi trenzota. Lo primero que entendí fue que estaba leyendo "María Isabel" (esa escena la había impactado también, aunque de otra manera, porque ella usaba el cabello corto, a la usanza de principios de los 70). Luego me explicó que ese cabello lo empleaban para hacer pelucas. Es decir, el estilista no compraba la trenza para conservarla tal cual y exhibirla como un zorro muerto; tampoco para que alguna clienta pudiera usurparla. Las pelucas que hacían con esa trenza, me explicó mamá, las peinaban para que parecieran sofisticadas. Ah, y las pelucas de pelo natural son mil veces más caras que las de pelo sintético. ¿Significa eso que tu postizo de gatito era en realidad la trenza de una india? Mamá se rió: bueno, no tiene por qué haber pertenecido necesariamente a una india, pero por lo general son las que tienen el pelo más bonito. Como Loreto –señaló a la "muchacha" que en ese preciso instante entraba en la sala con las pantuflas de mi papá, que estaba por llegar. Insistí: ¿Y qué me dices de la mía? ¿Crees que me darían mucho dinero por ella?, ¡Sin duda!, exclamó mamá en talante afirmativo, ¡Significa eso que tengo pelo de india!, exclamé feliz. Mi mamá carraspeó incómoda aunque Loreto presenciaba fascinada nuestra plástica. Dijo riendo: sí, tu pelo es tan bonito como el de las indias, como el de Loreto, pero todavía mejor, porque la alimentación... y aquí se echó un rollo que terminó por aburrirme. El caso es que durante un par de semanas me anduvo rondando la idea de ir a vender mi Trenza como María Isabel, pero en realidad no tenía necesidad de comprar nada porque tenía de todo en mi casa. Terminé cortándomela un año más tarde con un peluquero para señores porque la maestra Esther, de segundo grado, nos contó el episodio de Sor Juana, el que ya les he narrado, y decidí que tampoco quería estorbos para pensar... el peluquero se quedó con mi trenza a cambio de cortármela (qué paradójico) y mi mamá me dio una azotaina que todavía me duele... 🖤